

¿Cuál es el rol del sacerdote? Discurso religioso y discurso político en el padre Carlos Mugica

María Alejandra Vitale

Summary:

Carlos Mugica (1930-1974) was one of the 270 Argentine priests who supported the Message of the 18 Bishops of the Third World on December 31st 1967. This gave birth to the Movement of Priests for the Third World. Mugica was killed in 1974 allegedly by an ultra-right organization known as the "Triple A". He had supported the Peronism and had established an unstable relationship with the armed organization Montoneros.

In this article, I analyze the speech entitled "The role of the priest", that Mugica gave in 1971 in front of the authorities and students of the Institute for Integral Psychology. This speech is important because Mugica lays out with absolute clarity his position about the role that a priest must play regarding politics in the society of his time. From a rhetorical point of view, the aim of the speech is to persuade the audience that in the conjunction of 1971 religion and politics cannot be divided and that the Christians in general and the priests in particular must accept this truth. Indeed, the priest's role is making the disadvantaged people comprehend that they are God's children and therefore they must fight for their dignity and rights. Mugica considers that this could only be warranted by a socialist system which answers to Christianity and the true Argentine traditions. In order to achieve his objective, Mugica uses a wide range of rhetorical strategies: the dissociation of notions of revolution and sin; the explanatory reformulation of fragments of the Bible, particularly the episode of Zacchaeus; the refutation of the ones that try to distance religion from politics or the ones that diminish the figure of Christ to a guerrilla warrior; and authority quotes of the protestant theologian Oscar Cullmann and of father Pedro Arrupe, the general of the Society of Jesus. Furthermore, Mugica presents an expert ethos, by showing the specialized knowledge of a priest, and positioning himself as someone who explains, who makes didactic questions, and introduces definitions and intradiscursive reformulations. Mugica also legitimizes his position by mentioning his previous ethos as a "cura villero" (shantytown priest).

Carlos Mugica (1930-1974) fue uno de los 270 sacerdotes de Argentina que el 31 de diciembre de 1967 adhirieron al Mensaje de los 18 Obispos del Tercer Mundo,¹ lo que dio pie al nacimiento del Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo.² Asesinado en 1974 por, seguramente, una organización de ultraderecha conocida como “La Triple A”, Mugica había adherido al peronismo y había entablado vínculos con la organización armada Montoneros, con la que mantuvo una inestable relación.³

Este artículo analiza la disertación titulada “El rol del sacerdote”, que Carlos Mugica pronunció en 1971 ante las autoridades y estudiantes del Instituto de Psicología Integral. La importancia del discurso radica en que en él Mugica formula con rotunda claridad su posición respecto del papel que el sacerdote debe cumplir en la sociedad de su tiempo en relación con la política. Desde una mirada retórica, la finalidad de la alocución es persuadir a la audiencia de que en la coyuntura de 1971 lo religioso y lo político no pueden disociarse y que los cristianos en general y el sacerdote en particular deben asumir esta verdad desde una postura abierta al marxismo.

Para ello, utiliza una variada gama de estrategias retóricas. Una consiste en la disociación de las nociones⁴ de revolución y de pecado. De esta manera, Mugica afirma:

Es muy importante el valor que le da el cristianismo al aporte de la revolución interior. Y tenemos que entrar en eso. Yo personalmente, como miembro del movimiento del Tercer Mundo, estoy convencido que en la Argentina solo hay salida a través de una revolución, pero una revolución verdadera, es decir

¹ Este documento constituyó una aplicación del Concilio Vaticano II y de la encíclica *Populorum Progressio*, promulgada en 1967 por el Papa Pablo VI, a los países de Asia, África y América Latina.

² Ver Mónica Mangione, *El movimiento de sacerdotes para el Tercer Mundo* (Rosario: Kolektivo Editorial “Último Recurso”, 2004) y Fortunato Mallimaci; Luis Miguel Donatello y Humberto Cucchetti, “Religión y política: discursos sobre el trabajo en la Argentina del siglo XX” (*Estudios Sociológicos*, 2006: 423-449).

³ Ver Claudia Touris, “Sociabilidad e identidad político-religiosa de los grupos católicos tercermundistas en la Argentina (1966-1976)” (*La Falda - Córdoba, Primeras Jornadas Nacionales de Historia Social*, 2007, 30, 31 de mayo y 1 de junio) y Luis Miguel Donatello, “Religión y política: las redes sociales del catolicismo post-conciliar y los Montoneros, 1966-1973” (*Estudios sociales* 24, 2003: 89-112).

⁴ Sobre el argumento de la disociación de las nociones, ver Chaïm Perelman y Lucie Olbrechts-Tyteca, *Tratado de la argumentación. La Nueva Retórica* (Madrid: Gredos, 1989).

simultánea: cambio de estructuras y cambio de estructuras internas.

La noción de revolución es disociada, por un lado, en falsa y verdadera y, por el otro, en exterior e interior. La revolución falsa es asociada de modo implícito a una mera revolución exterior; la revolución verdadera, en cambio, conjuga la revolución exterior, el cambio de las estructuras, con la revolución interior. En la disertación de Mugica, esa revolución interior es la aceptación de que todos los hombres son hijos de Dios y en cuanto tales deben vivir dignamente. En este sentido, la categoría de "hombre nuevo" planteada por el Che Guevara es para Mugica netamente cristiana:

Yo me opongo violentamente a todos los que pretenden reducir a Cristo al papel de un guerrillero, de un reformador social. Jesucristo es mucho más ambicioso. No pretende crear una sociedad nueva, pretende crear un hombre nuevo y la categoría de hombre nuevo que asume el Che, sobre todo en su trabajo *El socialismo y el Hombre*, es una categoría netamente cristiana que San Pablo usa mucho.

La asimilación de personajes marxistas con posiciones cristianas, como sucede entre el Che y San Pablo, se repite cuando Mugica afirma que "Marx y Lenin al postular la comunidad de bienes no hicieron más que parafrasear, copiar el Evangelio" y que "cuando Lenin dice: 'El que no trabaja no come' repite lo que dijo San Pablo en el siglo I".

En cuanto a la noción de pecado, Mugica la disocia en un pecado individual o personal y un pecado colectivo o estructural y atribuye esta disociación a "la nueva visión del pecado que tiene el cristiano". Mugica sostiene:

Hay un pecado personal, fundamental, que es el pecado del egoísmo. ¿Qué es pecar? Es tratar a una persona como si fuera una cosa (...) Pero está el pecado colectivo o estructural, que es fundamental, que significa romper, cambiar o destruir todas las estructuras que liberan a los hombres. ¿Cuáles son las estructuras opresoras? Aquellas que establecen un tipo de dominación de unos hombres por otros. Yo pienso que el sistema capitalista liberal que nosotros padecemos es un sistema netamente opresivo, precisamente por eso. No solo porque hay muy pocos hombres que se aprovechan del fruto del trabajo de la mayoría, sino porque

además las relaciones que se establecen son relaciones de dominación. Relaciones despóticas. Por eso pensamos que entra perfecta y totalmente dentro de nuestra misión sacerdotal esa lucha (...) Por eso como movimiento los sacerdotes del Tercer Mundo propugnamos el socialismo en la Argentina como único sistema en el cual se pueden dar relaciones de fraternidad entre los hombres.

La disociación de la noción de pecado, que postula la existencia del pecado colectivo o estructural, permite a Mugica justificar la lucha contra el sistema capitalista como parte de la misión del sacerdote y, de modo implícito, orientar a favor de que un cristiano, para no caer en aquel pecado colectivo, luche también contra ese sistema. Mugica se vuelve a integrar en el colectivo "sacerdotes del Tercer Mundo" y explicita su promoción del socialismo como único modo de evitar el pecado colectivo. Religión y política quedan así identificadas.

Al mismo tiempo, Mugica reformula ese socialismo como "Un socialismo que responda a nuestras auténticas tradiciones argentinas, que sea cristiano, un socialismo con rostro humano, que respete la libertad del hombre". De este modo, la noción de socialismo es disociada y se vislumbra un discurso-otro, que impulsa un socialismo que Mugica rechaza, un socialismo que implícitamente adquiere el sentido de no responder a las auténticas tradiciones argentinas, que es ateo, que no tiene rostro humano y que no respeta la libertad del hombre. Este socialismo, se sobreentiende, es aquel que corresponde al que fue denominado "marxismo liberal", de tradición antiperonista, por la llamada "izquierda nacional", antiliberal, en la que se ubica Mugica.⁵ El antiliberalismo de Mugica se expresa, asimismo, cuando califica de "liberal" al capitalismo que impugna.

Otra estrategia que emplea Mugica para persuadir a su audiencia sobre su posición en torno al rol del sacerdote es la reformulación explicativa del Evangelio,⁶ mediante la cual se centra en el presente de enunciación, de modo que adapta el texto sagrado al "signo de los tiempos".⁷ Se destaca así el comentario que hace del episodio de Zaqueo, incluido en el cap. XIX de San Lucas:

⁵Sobre la izquierda liberal y antiliberal en Argentina, ver Oscar Terán, *Historia de las ideas en Argentina. Diez lecciones iniciales, 1810-1980* (Buenos Aires/México: Siglo XXI, 2008).

⁶Ver Catherine Fuchs, *Paraphrase et énonciation* (París: Ophrys, 1994).

⁷Sobre el concepto de "signo de los tiempos" y su vínculo con la imbricación de lo político y lo religioso, ver Philippe-Joseph Salazar, "Une conversion politique du religieux", en Barbara Cassin, Olivier Cayla y Philippe-Joseph Salazar, dirs., *Vérité, Réconciliation, Réparation* (Paris: Éditions du Seuil).

Zaqueo era un sinvergüenza, un explotador, que se había enriquecido explotando al pueblo judío al servicio del imperialismo romano. Zaqueo era un publicano. Los publicanos eran recaudadores de impuestos; se los cobraban a los judíos para entregárselos a los romanos (...) Zaqueo era jefe de publicanos y ricos, trataba de ver a Jesús pero a causa de la muchedumbre no podía, porque era de poca estatura. Se adelantó corriendo y se subió a un sicómoro para verlo, porque Jesús iba a pasar por allí. Es decir, Zaqueo se sube, no le importa el qué dirán, aunque es un funcionario, un tipo importante (...) Dijo Jesús: "Zaqueo, baja pronto, porque hoy me hospedaré en tu casa. Él bajó corriendo y lo recibió con alegría", dice el Evangelio (...) Al ver esto todos murmuraban por qué Jesús habría ido a comer a la casa de un hombre tan pecador. Pero a Cristo le importó un pito el qué dirán. A él le interesaba esa persona. Zaqueo, de pie, le dijo al Señor: "Señor, doy la mitad de mis bienes a los pobres. Y si a alguien he defraudado en algo, le devolveré cuatro veces esa cantidad". De modo que el rico se hace pobre. Jesús no le dijo nada. Pero Zaqueo, simplemente, comprende que no puede haber amistad con Cristo si no es en el cambio radical de vida.

Gracias al empleo de un registro informal y coloquial ("sinvergüenza", "tipo", "le importa un pito"), Mugica se aproxima a su audiencia y adecua la palabra evangélica al modo de hablar del momento. La palabra del Evangelio es reinterpretada con una de las entidades explicativas propia del discurso político,⁸ "el imperialismo", a la vez que "el cambio radical de vida" de Zaqueo es entendido tanto en su dimensión religiosa (primero un "sinvergüenza", Zaqueo se convierte en un amigo de Cristo) como política (de "explotador" se hace pobre).

Esta articulación inseparable entre lo religioso y lo político que defiende Mugica lo lleva a enfrentarse a dos posiciones antagónicas con la suya y entre ellas. Se trata, por un lado, de los llamados de modo despectivo "chupacirios" (otro término informal y usado por Mugica):

"No el que me dice Señor, Señor, entrará en el Reino de los

⁸Sobre las entidades características del discurso político, ver Eliseo Verón, "La palabra adversativa. Observaciones sobre la enunciación política", en Verón, E. et al., *El discurso político. Lenguajes y acontecimientos*(Buenos Aires, Hachette, 1986).

Cielos". No el "chupacirios" sino el que hace la voluntad de mi Padre. Aquel que realmente con los hechos, con su compromiso, hace la voluntad del Padre. ¿Cuál es la voluntad del Padre? El amor de los hermanos. Aquel que se juega por sus hermanos, se está adhiriendo a Cristo aunque no lo sepa. Y aquel que no se juega por sus hermanos, así pertenezca a cuarenta y cinco congregaciones, así tenga familiares curas y monjas por todos lados, ése, aunque le ponga cualquier cantidad de velas a San Cayetano, no es cristiano".

Mugica parte de la palabra bíblica para refutar a quienes conciben la religión como alejada de la política, de allí que interprete el amor de los hermanos en tanto voluntad de Dios como compromiso y jugarse por ellos. Y en relación con este compromiso explicita: "un sacerdote realiza su rol sacerdotal en la medida en que se compromete hasta los tuétanos con los hombres. Hoy el compromiso de amor con los hombres es un compromiso político".

Pero a la vez Mugica rechaza la postura de quienes apartan la política de la religión y reducen la figura de Cristo a la de un guerrillero ("Yo me opongo violentamente a todos los que pretenden reducir a Cristo al papel de un guerrillero, de un reformador social"), de aquellos que solo pregonan la revolución que él llama externa, el cambio de las estructuras, pero olvidan la revolución interna, la dimensión divina del hombre y del propio Cristo.

Mugica apoya esta posición mediante una cita de autoridad del teólogo protestante Oscar Cullmann:

Añade Jesús: "No piensen que he venido a traer la paz a la tierra; no he venido a traer la paz sino la espada". Esto no hay que interpretarlo como pretenden algunos, como si Cristo viniera a invitarlos a la lucha armada. Este problema lo trata Cullmann que es un gran exégeta protestante, quizás el más grande exégeta que tiene el protestantismo y uno de los más grandes del cristianismo (...). Es uno de los exégetas -intérpretes de la Sagrada Escritura que se mueve con pautas científicas- observador del Concilio Vaticano II y amigo personal de Paulo VI. En su libro *Jesucristo y los revolucionarios de su tiempo*, Cullmann señala que Cristo rechaza como satánica la tentación de erigirse en líder guerrillero, en líder político, tentación a la que lo quieren llevar algunos de sus seguidores. Tres de ellos, por lo menos, según Cullmann, eran ex guerrilleros: Pedro, el primer Papa, que en la noche de Getsemaní saca rápidamente la espada y con toda precisión le corta la oreja a Maleo y muestra así que está acostumbrado a usar las armas;

Simón, llamado el Zelote, y Judas Iscariote. Por lo menos esos tres, dice Cullmann, habían formado parte del ejército de Liberación Palestino de la época, los zelotes, que luchaban contra el imperio romano. Cristo rechaza como satánica la tentación de ponerse al frente de ese ejército de liberación para liberar política y socialmente a su pueblo. Todo esto está simbolizado en las tentaciones del demonio en el desierto. Jesús pretende crear un nuevo tipo de relación entre los hombres, pretende crear un nuevo tipo de hombre que va a llevar a una profunda revolución de las estructuras.

Mediante la negación polémica ⁹(“estono hay que interpretarlo ...”), Mugica refuta a quienes separan la política de la religión e interpretan la palabra de Jesús como una mera invitación a la lucha armada. Desde su lugar de sacerdote, interpreta el sentido del texto bíblico acorde a su posición, que justifica con el discurso de Cullmann. La actualización del mensaje de la Biblia según “el signo de los tiempos” se repite al usar el término “ejército de liberación de Palestina”, del discurso público de su presente de enunciación, para referirse al accionar de Pedro, Simón y Judas en la época de Cristo. Nuevamente, Mugica rechaza a quienes propician solamente un cambio de estructuras despreciando la construcción de “un nuevo tipo de hombre”, el “hombre nuevo” que Mugica rescata del Che.

Si la cita de Cullmann sirve para refutar a quienes desligan la política de la religión, otra cita, la del padre Pedro Arrupe,¹⁰ refuta a quienes separan la religión de la política y legitima la postura de Mugica de que el sacerdote y los cristianos en general deben unificarlas:

El padre Arrupe, en el documento que ya señalé, sobre cuál debe ser el compromiso del jesuita hoy, del sacerdote en general, señala al referirse a esa radical exigencia de Cristo: “Cuando más verdaderamente viva la Iglesia el misterio de Jesucristo, perfecto Dios y perfecto hombre, mejor sabrá la Iglesia cómo su Señor da su vida por la vida del mundo, renunciando a los poderes malignos que defienden nuestra existencia social”. Hoy a esos poderes malignos los podemos llamar imperialismo internacional del

⁹Sobre la negación polémica, ver María Marta García Negroni, “La negación metalingüística: argumentación, gradualidad y reinterpretación” (*Signo y Señal* 9, 1998).

¹⁰Pedro Arrupe, elegido general de la Compañía de Jesús en 1965, participó de las sesiones del Concilio Vaticano II desde el grupo más progresista. Su propuesta de acercamiento a las clases pobres y desheredadas del Tercer Mundo fue apoyada por el papa Pablo VI.

dinero y oligarquías nativas que son las que le chupan la sangre al pueblo.

La imbricación de la religión y la política se manifiesta así en calificar de “malignos” a los poderes condenados por el padre Arrupe, cuya referencia es explicitada por Mugica con entidades propias del discurso político: “imperialismo internacional del dinero” y “oligarquías nativas”.

Por último, Mugica apoya su posición mediante una imagen de sí, un *êthos* experto, con un saber especializado ligado a su condición de sacerdote. De allí que se posicione en el lugar de un explicador y emplee recursos del discurso explicativo¹¹ que se pueden identificar en las citas anteriores, como preguntas didácticas (“¿Qué es el pecado?”, “¿Cuáles son las estructuras opresoras?”, “¿Cuál es la voluntad del padre?”), definiciones (de pecado, de publicano, de exégetas) y reformulaciones parafrásticas intradiscursivas (“pero una revolución verdadera, es decir simultánea”).

Mugica legitima su posición, asimismo, con la activación de su *êthos* previo¹² de “cura villero”;¹³ en efecto, él fue uno de los fundadores de la rama sacerdotal que trabajó en las villas miserias de Argentina:

El hombre tiene un destino divino. Por eso cada ser humano aunque esté borracho o sea ladrón, es un ser con potencialidad divina. Y si es un desheredado, si vive en una Villa Miseria lo tengo que amar mucho más, me tengo que preocupar mucho más para que deje de vivir en un tugurio y pueda vivir con un trabajo que sea creador, para que pueda participar efectivamente en el poder, para que gobierne a través de aquellos que realmente lo representan, porque es hijo de Dios no es un cualquiera. Para mí, cristiano, ésta es una experiencia importantísima. En la villa, aparte de que estoy con mis hermanos y estoy dispuesto, con la ayuda de Dios, a luchar por ellos, les puedo decir: “Ustedes están liberados, porque en la medida en que creen que son hijos de Dios

¹¹Sobre el discurso explicativo, ver Bertha Zamudio y Ana Atorresi, *La explicación*(Bs. As.: EUDEBA, 2000).

¹²Ruth Amossy llama *êthos* previo a la imagen que la audiencia tiene del orador antes de que este tome la palabra, conformada por su posición social, actividades previas y otros discursos sociales. Ver Ruth Amossy, *La présentation de soi. Ethos et identité verbale*(París: PUF, 2010).

¹³Sobre los curas que trabajan en las villas miserias, también llamadas villas de emergencia o simplemente villas (asentamientos urbanos caracterizados por una densa población de viviendas precarias), ver Silvina Premat, *Curas villeros: de Mugica al padre Pepe, historias de lucha y esperanza*. (Buenos Aires: Sudamericana, 2010).

empiezan a tomar conciencia, ya mismo, de su tremenda dignidad”.

En este tramo de la disertación de Mugica, se repite la tesis de la coexistencia de la dimensión religiosa y de la política en el rol del sacerdote, dado que cuando ayuda a que los habitantes de las villas tomen conciencia de que son hijos de Dios “ya mismo” toman conciencia de su dignidad.

Para finalizar, es pertinente puntualizar que la articulación entre religión y política conformó en Argentina una construcción ideológica antiliberal que el historiador Loris Zanatta denomina “mito de la nación católica”, que no ubica a la religión en el ámbito de lo privado sino propicia la identificación del orden religioso con el temporal para orientar la organización de la sociedad y de las prácticas políticas. Esta construcción ideológica fue compartida en aquel país por ciertos sectores de izquierda como de derecha y conforma parte -sea residual o no según las coyunturas- de su cultura política.¹⁴

¹⁴Para profundizar sobre el mito de la nación católica y su presencia tanto en ciertos sectores de izquierda como de derecha en Argentina, ver Roberto Di Stefano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina. Desde la Conquista hasta fines del siglo XX*. (Bs. As.: Argent, 2000) y Loris Zanatta, *Perón y el mito de la nación católica. Iglesia y Ejército en los orígenes del peronismo. 1943-1946* (Bs. As.: Editorial Sudamericana, 1999).